

También se recuerda la expulsión de las monjas ursulinas de su convento para ser usado el edificio como cuartel de infantería española. Coyuntura que se reforzaría por el rumor de propagación de la insurrección por toda la Isla, entre tanto llegaba a la ciudad el anuncio hecho por el capitán general José Gutiérrez de la Concha de retiro de la Audiencia de Puerto Príncipe y de su traslado a La Habana.

En otro orden, el padre de Carlos Augusto de la Torre fue el criollo Esteban de la Torre y de la Torre quien procedía de linajuda familia madrileña del siglo XVI, la que al llegar a Cuba se entretejería con otras redes familiares regionales hasta abarcar casi todo el patriciado camagüeyano como, los Agramonte, Agüero, Arguelles, Arteaga, Betancourt, Balboa, Barreda, Boza, Bringas, Calona, Castellanos, Castillo, Consuegra, Carvajal, Cova, Duque de Estrada, Guerra, Heredia, Herrera, Hidalgo, Miranda, Montejo, Moya, Peláez, Porro, Proenza, Quesada, Recio, Roxas, Sifontes, Usatorres y Zayas. De otra parte, por la rama materna, su madre, también criolla, Manuela Madrigal y Mendigutía, era natural de Sancti Spíritus, región donde varios de sus miembros varones se desempeñaban como militares.

De modo que los esposos procedían de buenas familias y de posición económica desahogada, por demás, muy bien colocados entre las estructuras del poder en el Ayuntamiento y en la institución eclesial en la Isla, sin dudas, familias que llegarían a reunir un sinnúmero de propiedades rurales y urbanas y con una importante representación en sus respectivos cabildos regionales.

Días después de nacido el niño recibiría las aguas y la bendición bautismales al pie del altar todo sobredorado que presidía la figura de Cristo Rey en la Parroquia Mayor de Puerto Príncipe, liturgia que quedaría anotada en el Libro de Bautismos de Blancos, al Folio 122, Nro. 20, Signatura nro. 672, de 16 de octubre de 1851, escrito en el que se refería que su abuelo paterno testigo del acto era el teniente coronel de milicias de Puerto Príncipe don Gaspar de la Torre y Cisneros, mientras, por la vía materna figuraba el capitán de milicias don Ramón Madrigal quien, por su lado, tenía familia en el barrio de la Parroquia de San José.

De modo similar a como se ubicaban otras familias en torno al nodo fundacional de la villa principieña; una rama de los de la Torre residirían la calle de la Reina en el barrio de la Parroquia de la Soledad mientras otra poderosa rama lo haría en la Plaza Mayor en la calle de la Candelaria haciendo costado a la que saliendo de la plaza y fondo de la iglesia se dirigía al convento de San Francisco de las Llagas o de Asís, casa que sería marcada en el siglo XIX con el nro. 36 y una de las cuatro moradas que desde el siglo XVI era reconocida como la Casa del Mayorazgo o del vínculo, por su vínculo a perpetuidad con la Parroquia Mayor para ayuda o sostenimiento de mandas, obras pías y contribuir con la mitra y el culto eclesial de acuerdo a lo decidido por Pedro de la Torre Sifontes.

A decir verdad, la casa era una de las más extensas fincas urbanas que cerraba ese ángulo de la Plaza Mayor y la que incluía entre sus muros otros tres colgadizos, un patio central, tinajones, un pozo, zaguán, acceso de servicio y otros espacios interiores, propiedad que había formado parte de los bienes del extinto capitán de milicias, quien en su tiempo había gozado de la amistad del escribano y poeta canario Silvestre de Balboa, para quien compuso un soneto laudatorio integrado a su texto épico Espejo de Paciencia, que Balboa estrenara con toda probabilidad en medio de una tertulia principieña, en 1608.

Debió trascurrir su primera infancia de Carlos Augusto de la Torre en el Camagüey, al menos hasta que sus padres decidieran marchar al terruño de los abuelos y parientes maternos en Sancti Spíritus, donde debía iniciar estudios elementales y entrar en contacto con la sociedad ilustrada espirituable. Pasado un tiempo sus padres se trasladaron a La Habana con la intención de que sus dos vástagos, el primogénito Alfredo y el segundón Carlos Augusto, matricularan en el Colegio de Belén regido por la Compañía de Jesús donde Carlos debía obtener el Título de Bachiller en Artes, diploma que sería legitimado por el claustro del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, el 22 de septiembre de 1870.

Al año siguiente, en junio de 1871, Carlos Augusto aprobaría el examen de ampliación de estudios que habría cursado en dicho plantel y el que le permitiría matricular en el Colegio de Medicina de la Universidad de La Habana, el 18 de octubre de dicho año. Sin embargo, es sabido que en ese plantel no alcanzaría el Título de Licenciado en Medicina porque el odio y la intolerancia extrema del Gobierno absolutista de la colonia y el integrismo fanático español lo echarían al pelotón de fusilamiento del Cuerpo de Voluntarios para matarle injustamente, truncando así sus veinte años de una vida que prometía ser útil a Cuba.

El crimen ocurriría en medio del fragor de la contienda que se libraba en las sabanas del Camagüey, en las que el Mayor Ignacio Agramonte y Loynaz al frente de la temible Caballería Camagüeyana infligía importantes derrotas a las fuerzas militares españolas, sobre todo, después de reasumir el mando del Departamento Militar de Puerto Príncipe, el 13 de enero de 1871; hasta asestar el contundente golpe de mano conocido como el Rescate del brigadier Sanguily, en octubre de ese año, cuando 35 jinetes fueron suficientes para dispersar a una columna de 120 soldados hispanos logrando arrebatarse al brigadier Julio Sanguily Garrite y a otros acompañantes; hecho proverbial de armas que levantaría con creces la moral combativa de los patriotas camagüeyanos y al propio tiempo tendría repercusiones políticas entre las filas del Ejército Español de la Isla de Cuba, lo que haría aumentar el clima de odio y saña del partido integrista español hacia los cubanos.

Carlos Augusto, ciertamente, jamás integró el grupo de jóvenes que afirmaron furiosamente los jueces jugaran con el carro del carnero [por llevar el carro al frente la cabeza del susodicho animal] que conducía los cadáveres en el interior del antiguo Cementerio de Espada, menos rayado el cristal y profanado el nicho donde se guardaban los huesos del periodista español don Gonzalo Castañón.

Sabido el ensañamiento que sobrevendría con su carga de acusaciones falsas sobre él y sus compañeros, empero sin asomo de debilidad o cobardía, según testigos, el valiente camagüeyano espetaría al Gobernador Político de la Isla y conde de la Romera don Dionisio López Roberts, “[...] cuán errado iba en aquella tendencia, y en nombre de todos [sus compañeros estudiantes de Medicina que arbitrariamente habían sido acusados de profanar el nicho y el cristal donde permanecían los restos de Castañón] le exigió declarase el nombre del culpable que debía conocer, porque, no existiendo para nosotros, habíamos de pensar que mentía”.

Nadie desprovisto de coraje y honradez hubiera expresado semejantes señalamientos críticos ante la endeblez de las interrogantes que perseguían el objetivo de hacerlo desistir de su defensa y obligarlo a reconocerse culpable de los supuestos hechos, astucia usada por la

máxima autoridad de la Isla. Sin embargo sin perder la serenidad el camagüeyano fue presentando uno a uno sus argumentos de defensa convincente en torno a su inocencia y la de sus compañeros de Medicina, pero todo fue inútil ante los obcecados y extremistas acusadores que solicitaron el envío a la cárcel siguiendo órdenes de López Roberts.

En efecto, Carlos Augusto no tuvo prueba que anteponer en demostración de su inocencia al tribunal inquisidor y a los ojos de la turba sedienta de sangre de los voluntarios. Sencillamente era inocente. Y tal convicción debió infundirle ánimos de luchas y esperanzas de libertad. Mas, a sabiendas que poco antes, varios de sus hermanos de aulas, Anacleto Bermúdez, Ángel Laborde, Pascual Rodríguez Pérez, José Marcos Medina y Alonso Álvarez de la Campa [este había tomado una flor del Campo Santo], habían confesado voluntariamente su irrupción en el Cementerio de Espada y jugado con el carro que era usado para el traslado de los cadáveres hasta el anfiteatro San Dionisio correspondiente a la cátedra de disección anatómica. Estos eran los cinco verdaderamente responsables, no culpables de profanación, de pasearse por el interior del recinto santo. Tampoco merecían la pena máxima.

No bastó, lo monstruoso resultó que Carlos Augusto, Carlos Verdugo y Eladio González, fueran rifados como animales para completar la cifra fijada de antemano de condenados a morir. En total había que cometer ocho crímenes en vez de cinco. Vale precisar que por propia confesión Verdugo no había estado en el Cementerio de Espada ese día por estar en camino de regreso de la ciudad de Matanzas a La Habana. ¿Cuáles debieron ser sus pensamientos en tan aciagos instantes, de sus juicios acerca de la farsa judicial y de la barbarie fraguada para truncar las vidas inocentes de sus compañeros del primer año de Medicina? No lo sabemos.

Por cierto, una carta escrita por él horas antes del suplicio y mientras transcurría la media hora de angustia en la capilla de la cárcel, pasaría de mano en mano hasta el camagüeyano Carlos Galera Pérez, misiva que lamentablemente se extravió antes de su muerte ocurrida en 1922. La carta hubiera sido conservada como testimonio tangible simparigual de un ser humano a quien se pretendía privar injustamente de una vida límpida y útil al país. Hubiera servido esa carta de denuncia de la barbarie.

Merece recordarse que entre los estudiantes de Medicina se hallaba su hermano Alfredo de la Torre y Madrigal, quien por tener 19 años de edad recibiría la condena a cuatro años de trabajos en el presidio en las canteras de San Lázaro, tiempo tras el cual y después de recibir el indulto de la pena, solicitaría el 28 de octubre de 1872 viajar fuera de Cuba para continuar estudios superiores en París, ciudad en la que pudo graduarse en Medicina y Cirugía en la Universidad de Montpellier, el 10 de julio de 1883; regresando a Cuba el 16 de diciembre de 1889 para recibir la habilitación del título de Doctor. Después pasaría a integrar la directiva del Cuerpo Médico de Sancti Spíritus, hasta su fallecimiento ocurrido en dicha ciudad, el 15 de abril de 1902.

Igualmente resulta interesante saberse que en la carrera de Medicina se hallaba matriculado un pariente cercano de Carlos Augusto, Pedro de la Torre y Núñez, hijo del matrimonio de Pedro José de la Torre e Izquierdo, quien era natural de la ciudad de Puerto Príncipe, y de la habanera Ana Núñez y Herrera, no obstante, salvó de ser fusilado junto a su pariente del Camagüey a cambio del indulto por seis años de presidio en las canteras de San Lázaro, pena que conmutaría el capitán general debido a que su familiar solo contaba con 18 años de edad.

En resumen, estuvieron a punto de integrar dos camagüeyanos más la cifra de condenados a muerte.

Vendría el fusilamiento pasadas las cuatro de la tarde, casi a la hora cuando se alzaban a revolotear las golondrinas habaneras y mientras el disco solar se aproximaba a la línea del horizonte sobre el mar. La orden de matar la daría el capitán de voluntarios Ramón López de Ayala, y a seguidas las balas saldrían a buscar los pechos de las parejas nerviosas pero no cobardonas de estudiantes, dispuestas de espalda y arrodilladas algunas, para mayor ignominia, entre ventanas y sobre el paño de pared del edificio del depósito del Cuerpo de Ingenieros, frente a la explanada de La Punta, el lunes 27 de noviembre de 1871. Fue Carlos Augusto de la Torre el tercero entre los sentenciados a muerte por fusilamiento según la aprobación del segundo consejo de guerra realizado a las cinco de la madrugada del 27 de noviembre de 1871, deliberación de sentencia y fallo comunicada a la 1.00 de la tarde.

Lejos de ese escenario en el Puerto Príncipe natal de Carlos Augusto, nada fue ventilado ni reseñado por escrito en las actas de las sesiones del Ayuntamiento celebradas antes y posterior a la fecha de los sucesos, a pesar de los parientes del fusilado que formaban ese cuerpo. Nadie en Puerto Príncipe pareció conmoverse ante el horrendo asesinato, no obstante la repulsa levantada en los Estados Unidos en el seno de la emigración patriótica cubana y en otras ciudades de Hispanoamérica. Amalia Simoni, la delirante esposa del Mayor Ignacio Agramonte, lo haría saber en carta suya enviada a Cuba. El crimen fue sencillamente invisibilizado para su olvido conveniente.

Puesto de pie, atada sus manos, las balas destrozaron su pecho viril de Carlos Augusto mientras se iría apagando lentamente su mirada acusatoria lanzada contra sus asesinos. Al parecer, negado a dejarse cubrir el rostro soportó el martirio sin titubeos dando ejemplo de hombría y coraje a sus matadores, tal vez, con similar orgullo al mostrado por su coterráneo Joaquín de Agüero situado frente a las bocas de idénticas armas que le matarían, en 1851.

Desde ese instante comenzaría a crecer el ejemplo del digno estudiante de Medicina camagüeyano Carlos Augusto de la Torre y Madrigal. Símbolo de la juventud altruista cubana.

Transcripción de la partida de bautismo de Carlos Augusto de la Torre.

Arzobispado católico de Camagüey.

Libro de Bautismos de Blancos, al Folio 122, Nro. 20.

Al margen.

Signatura nro. 672.

1851\_16 de Octubre.

Carlos Augusto de la Torre, h. [hijo] l. [legítimo] de D. Esteban de la Torre y Da. Manuela de Madrigal.

“En diez y seis de Octubre de mil ochocientos cincuenta y uno. Yo, el infrascripto Teniente de Cura en la Parroquial Mayor de esta Ciudad de Puerto Príncipe, bauticé solemnemente a un niño que había nacido el veinte y nueve de Julio de este año. Le puse por nombre Carlos, Augusto, de Santa Marta. Es hijo legítimo de D. Esteban de la Torre y Manuela Madrigal, el primero natural de esta Ciudad, y la segunda de la Villa de Santo Espíritu. Abuelos paternos el Teniente Coronel D. Gaspar de la Torre y Da. María Faustina del mismo apellido. Abuelos maternos el Capitán D. Ramón Madrigal y Da. María Candelaria de Mendigutía. Fueron sus padrinos el Licdo. D. Francisco y Da. Josefa Iraola, á quienes advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones, y para que conste lo firmo en este día, mes y año”.

Joaquín de Cisneros.

[Firma]